CRONICA

De mi cautiverio

Esposado, como si se tratase de un criminal de consideración, fuí conducido por la guardia civil a presencia del gobernador de la provincia. ¿Cuál era mi delito? Pensar libremente: grave delito en los tiempos de hipocresía en que vivimos.

Por «informaciones» sabía el gobernador que yo era un irreligioso impenitente, un enemigo de la estupenda mentira religiosa. Y como sabía que yo era «iconoclasta», su primera interrupción fué ésta:

—¿Usted cree en Dios?

—¡En Dios!

—Sí, señor, ¡en Dios!

—No, señor gobernador, no creo, no puedo creer en semejante «cosa».

—¡Cómo!... ¿Será posible que haya nadie capaz de negar la existencia de un «sér supremo», creador sublime de todos los seres y de todas las cosas?

—La Ciencia, señor gobernador...

—La «ciencia», sí. ¡No dejamos de estar bien con la «ciencia»... Entonces usted ¿qué religión profesa?

—No profeso ninguna religión positiva.

—¡Desgraciado!

—No me lo considero.

El «poncio» concedió una pequeña tregua a mi interrogatorio, y sin apartar de mí su mirada, empezó a mover reflexivamente la cabeza.

De pronto; en tono «respetuoso» y grave, dijo, poniéndose de pie:

—Bien. Y dirigiéndose a una mesa que tenía próxima, cogió de ella cartas, fotografías, artículos inéditos, libros, periódicos... En seguida lo reconocí todo: eran las «piezas de convicción», los terribles documentos» que la guardia civil me cogiera en los registros que días antes practicara en mi domicilio.

«¡Tierra y Libertad»!—dijo el gobernador, desdoblando el semanario ácrata.—Este periódico encontrado en su casa es anarquista, «terriblemente» anarquista. ¿De dónde le ha venido a usted este «papelucho infernal?»

—De Barcelona.

—Sí, de allí, de Barcelona. Usted es anarquista; esto sí que no lo negará.

—¡Negarlo yo! No, señor. ¿Acaso constituye un delito ser anarquista?

—Sí, es un delito. Tales ideas no engendran otra cosa que locuras. Quien se deja llevar de semejantes teorías está constantemente comprometido. Ser anarquista es un peligro cierto, no lo dude usted; ser anarquista es un mal no sólo para el individuo, sino para la sociedad.

—No lo considero yo así, señor gobernador. Y si me permite me atreveré a decirle que las «virtudes» que su señoría atribuye a tales ideas, no son otra cosa que fruto de los tiempos de intolerancia en que vivimos.

—Usted es un loco, un soñador terrible.

—Soy un trabajador, un obrero, que desea pan y libertad.

—¿Más libertad... Estos artículos, estos periódicos, estos libros... todo, todo le compromete.

—No sé por qué. Esos artículos, esos periódicos, esos libros, nada contienen que me pueda comprometer.

—Todo esto no sirve más que para trastornar los cerebros, para fomentar su perdición.

Y sin dejarme pronunciar ni una palabra más, oprimió el timbre, apareciendo en seguida un ordenanza.

—A las órdenes de vuestra señoría—dijo el empleado, después de la correspondiente reverencia.

—Acompañe a este señor a la inspección de policía. Allí le tomarán declaración.

El atildado y flexible «ordenanza» me invitó a seguirle. Resuelto a soportar con heroísmo todas las malas artes de la gente oficial, le obedecí. Precedido de aquel empleado, descendí por una espaciosa escalera de marmol. En la planta baja del edificio se hallaba instalada la inspección. Entramos. Allí esperaban ya el inspector, un secretario y dos guardias civiles. En seguida se dió principio a mi segundo interrogatorio. ¿Qué me preguntaron? ¡Muchas cosas! Creían ver en mí a un «terrible revolucionario», y me hicieron muchas, muchísimas preguntas. ¡Pero contenían tan poca importancia mis respuestas!... El mismo jefe de policía no pudo por menos que decir: —«Sí, y todo esto ¿qué?» Estaba demostrado que no encontraban nada que me pudiera comprometer. Y así se lo comunicaron al gobernador. Mas no importaba que yo fuera inocente, que fuera inofensivo, que fuera un «santo»; leía libros y periódicos anarquistas, y esto, por sí sólo «suponía un delito». El «castigo», pues, se hacía necesario. ¡Por algo las «garantías constitucionales estaban suspendidas»!... ¡Por algo la libertad del individuo quedaba a merced de cualquier gobernador de provincia, de sus esbirros y caciques!

—Es anarquista—dijo el gobernador,—y es lo suficiente para que sufra la prisión.

¡Y por pensar libremente, por no supeditarse a los ridículos, hipócritas convencionalismos sociales, aquel «super-hombre», aquel magnate del poder oficial, sin remordimientos de conciencia y satisfecho, porque así cumplía «dignamente» con la «difícil» misión de su «elevado cargo», decreta impasible la encarcelación de un justo!

Esposado, y entre dos guardias, tuve que atravesar las calles de la población para ir del gobierno civil a la cárcel. Las gentes me miraban curiosas. Algunos decían:

—¡Y que joven!... ¡Da pena que le lleven preso! ¿Qué habrá hecho?

Otros exclamaban:

—Por bueno, seguramente, no le llevarán «amarrao». Y cada cual, a su modo, aquella multitud estúpida no cesaba de hacer «juicios» en alta voz, importándoles poco que yo pudiera oirles. Pero nada me llamaba la atención; ya sabía yo que de aquella salvaje curiosidad no eran culpables aquellas criaturas. ¡Qué habían de ser si estaban condenadas a la ignorancia! Sólo una mujercita que junto a mí pasaba, al mismo tiempo que se le inundaban de lágrimas los ojos, decía, mirándome, como para darme consuelo:

—¡Cuánta desgracia!... ¡Pobre joven!...

Sólo mi pensamiento era el único que regrandecía a las «hipótesis» de aquellas gentes, que al verme con las manos encadenadas me consideraban delincuente y creían que para «tranquilidad» de los «buenos» tenía por necesidad que ir a la cárcel. «Sí, soy joven—decía yo en silencio,—pero en toda mi vida no he cometido otro delito que trabajar para vivir. Y a fuerza de trabajos y desvelos, estudiando de noche en las horas precisas al descanso, pude aprender a leer y a escribir; y por haber leído en los libros de la Verdad y de la Ciencia y haber escrito con claridad las miserias humanas, es que ahora me llevan esposado. ¡No es otro mi delito! Y esto no es ser malo. Son muchos los malos que no van a la cárcel, mientras hay muchos buenos que lloran en presidio...

La siniestra silueta del correccional, que surgió a mi vista, imponente y fría, me vino a sacar de mis meditaciones. Llegaba a la casa penitenciaria y sus férreas cancelas se abrían impasibles, ávidas de tragarme. La pareja que me conducía entregó al director la orden de mi prisión, que firmó; después ordenó al empleado de guardia que me condujera «al 13»

A través de soberbias cancelas, allá, en el fondo de obscura galería, pude llegar «al 13» que indicara el director.

—¡Entre!—me dijo con voz imperativa el empleado.—Entré, y el empleado de la cárcel cerró en seguida la puerta de mi prisión.

Estrecho y lóbrego calabozo era «el 13»; más que calabozo parecía un sepulcro. Allí, sin luz, sin aire y «bajo siete llaves», quedaba condenada la materia, mas no el pensamiento, que seguía libre, dominándolo todo con su idea, sin temor a las cadenas del despotismo y a los calabozos de la tiranía. Arrojada sobre miserable carcelario jergón estaba la materia; pero el pensamiento, que era lo grande, aquél seguía campeando libre, sin trabas que le detuvieran, sin miedo a los grilletes de la opresión, sin temor a las prisiones del despotismo. Y el pensamiento, que es el todo, seguía su marcha libre y triunfadora por los dilatados ámbitos de la vida.

Y al pensamiento, ¿quién será el tirano capaz de sujetarle con cadenas y construirle cárceles?

MANUEL G. ALCORLO

Anarquía

¡Hermosa, magnífica, incomparable palabra!

¡Anarquía! ¡Cuánta grandeza, cuánta sublimidad encierra semejante frase!

Traigámosla al vastísimo campo de batalla. Si la entregáis a la interpretación de un neo-católico, os sacará de ella la intolerancia con sus correspondientes persecuciones; es decir, hará que de su contenido brote la guerra. Si consentís que os la aclare un doctrinario, apelando a su *dios-orden*, procurará que surjan de ella el monopolio, la desigualdad, los privilegios; es decir, la injusticia y el desorden, enemigos mortales de la paz: pero si la consultáis con un sociólogo, con un hombre de recto criterio o con un verdadero progresista, no podrá menos que deciros que esta frase brinda con la bienandanza, con los derechos, con la perfecta y envidiable armonía, a todo hombre que tenga esperanza en el porvenir.

¿Y qué es la palabra anarquía ¿Es la paz o es la guerra para todo hombre de buena voluntad, que lo son la inmensa mayoría de los amantes de la libertad? ¿o no es la una ni la otra?

Examinemos con toda calma e imparcialidad esta palabra, tan ardientemente alabada por unos como apasionadamente combatida y condenada por otros.

La palabra anarquía no es un dogma; es una institución necesaria a la humanidad, la cual, después de fraternizar todos los seres que habitan el planeta Tierra encaminará todos los hombres, sin distinción de clases ni de razas, al noble sentimiento del trabajo, no atacando jamás, en nombre de una patria, al árabe audaz y violento, ni a griegos, rusos, etc., etc.

La anarquía no conquistará ni reconquistará; en ella no tendrán cabida planes tenebrosos ni libertinidas.

En cambio, ¿cuántos compañeros han sido (y serán tal vez) sacrificados por nefandos e incapaces gobernantes, con el solo objeto de ofuscar con sangre inocente la radiante luz de sus ojos? Pero no importa: prosigan sus inhumanas persecuciones; inmolen nuevas víctimas en holocausto de su *dios-dinero*, que por cada mártir nuevamente inmolado, resurgirán nuevos adalides, quienes no temiendo sus odios y persecuciones implantarán la sociedad del porvenir sobre las mismas ruinas de la caduca actual organización social.

JUAN ROUGE

Manlleu.

Paradojas

DE PESCA

Se desea, no sabemos por quién (nunca se sabe quién desea ser... ministro por ejemplo) la inmediata aprobación del proyecto creando el ministerio del Trabajo. Un ministro, un subsecretario, varias direcciones generales y unos cientos de empleados más, amén de automóviles, coches y otros detalles. Ya hablaremos después del dinero y hablaremos del trabajo... De momento lo que importa es el ministerio...

En un pueblo francés, cuyo nombre no recuerdo, se creó hace poco una asociación de pescadores de caña.

Se reunieron los aficionados, se nombró una comisión organizadora, se admitieron adhesiones y poco después quedaba constituída la Asociación. Se celebró un banquete y hubo brindis y congratulaciones. ¡La piscicultura! ¡oh, la piscicultura! Precisa fomentar todos los intereses materiales y morales del país. ¿Por qué no la pesca con caña? Pero, en el pueblo, en cinco leguas a la redonda del pueblo, no había río, no había lago, no había siquiera una mala charca. Ni había cañizares, ni fabricantes de anzuelos, ni de cordeles y bramantes. Precisamente por esto se creó la Asociación; para crear todas estas cosas indispensables al satisfacer los deseos de los aficionados. Si hubiera habido ríos y lagos y pescadores y peces y cañas y anzuelos, maldita la falta que hacía la Asociación.

Naturalmente, constituída la sociedad empezaron sus gestiones. Y como se trata de aficionados verdaderos, comprendieron en seguida que lo primero que hacía falta era un río. ¿Cómo tenerlo? Querer es poder. Se reunió la junta general y acordó elevar una exposición al Gobierno pidiendole el río.

No se sabe lo que el Gobierno contestó. Quizás ha dado la callada por respuesta o contestó con evasivas. Pero no hay duda que los del pueblo tienen razón. Pues los gobiernos democráticos han substituído a Dios y todo lo pueden, justo es que atiendan por igual a todos los pueblos. Si todos los ciudadanos tienen derecho a pescar, lógico es que todos tengan río cerquita donde ejercitar este derecho. Y no se diga que crear ríos es cosa imposible. Si el Gobierno quisiera haría del pueblo un puerto de mar.

Tal vez el pueblo francés se quedará sin río, que los gobiernos democráticos dan a menudo chascos de ese género; pero subsistirá la «Asociación de Pescadores de Caña». No pescarán, pero serán aficionados a pescar. Y dirán al forastero maravillado; «No lo extraño: si no pescamos, la culpa no es nuestra; la culpa es del Gobierno». Y tendrán razón.

¿Ocurrirá algo parecido en España con el flamante ministerio? Los términos están invertidos, pues es el Gobierno el que crea la institución; el trabajo debemos crearlo nosotros, el pueblo.

Hay quien pretende que la afición no nos falta y buena prueba es que emigramos para trabajar fuera de España. ¡Tonterías! Si no trabajamos es porque somos gandules. El ministro del Trabajo (quién será) nos lo demostrará en patéticos discursos; y quizás redacte algún proyecto de disciplina social. En cuanto a crear trabajo, eso el pueblo. Y si no lo crea tanto peor para él. El Gobierno habrá cumplido creando la *Asociación de aficionados a pescar con caña*. Igual que los franceses, con la sola diferencia de que los aficionados del ministerio pescarán diariamente; y, lo que es más agradable, sin trabajar.

MAX

Carta de Italia

Huelga general en Milán

A raíz de la huelga de automovilistas de Milán, han sido condenados el secretario de los metalúrgicos, Decio Bacchi, y otros diez y seis compañeros a más de año y medio de presidio.

La condena, muy grave y bárbara, ha producido un rasgo de rebeldía entre los proletarios de Milán, y el sábado, día 14, proclamaron la huelga general. El paro se ha sostenido el sábado 14, domingo 15, lunes 16 y martes 17, y después de celebrar una conferencia con el prefecto de la provincia, la huelga se ha dado por terminada.

Durante estos días se han llevado a cabo en Milán multitud de atropellos por parte de la policía, llevando presos a muchos huelguistas, entre ellos el secretario de la «Camera del Lavoro», doctor Adelindo Marchetti y otro propagandista de dicha Cámara del Trabajo, Ercole.

La caballería y las tropas han cargado sobre los huelguistas. A un teniente de la guardia civil le han pegado un golpe con un facon y ha habido obreros heridos de sable.

En algunas calles se ha intentado levantar barricadas y todo el proletariado estaba pronto para hacer en todo Italia la huelga general. Con este objeto se han celebrado mítins en Roma, donde habló por los anarquistas el compañero Matías; en Bologna, donde tomaron la palabra los compañeros Armando Borghi y María Ryghier; en Parma, Savona y Génova y en otras muchas ciudades.

Es indudable que si la huelga general se proclamara se llevaría a cabo en movimiento hermoso en toda Italia.

* * *

En la provincia de Ferrara, como os decía en el número último de este paladín, se están preparando para la huelga general en la época de la cosecha del trigo. La lucha será terrible y se ha empezado a mandar los niños de los huelguistas a otras ciudades y pueblos, de manera que los campesinos puedan resistir con más energía. Son unos cincuenta mil campesinos que se cruzarán de brazos, quedando el trigo sin cosecharlo.

El gobierno responde enviando a los pueblos que se declararán en huelga guardia civil y soldados.

* * *

La Volontà es otro periódico anarquista que ha salido en Ancona, y está dirigido por el compañero Enrique Malatesta, augurio de luenga y batalladora vida.

En mi próxima carta os hablaré de la prensa anarquista de Italia.

Hasta la otra, pues.

ALBERTO MESCHI

Carrara, 20 junio.

NOTAS AL AIRE

FANTASÍA

Los dos soñábamos en una humanidad feliz, fuerte y vigorosa. Tus nobles y elevados ideales se identificaban con los míos; tu modo de ver las injusticias de la presente organización era el mío; tu modo de tratar al tirano que azota y al ignorante que ríe, también era como el mío.

Los dos pensábamos de idéntica manera.

. . . .

Nos hallábamos juntos, éramos jóvenes y rebosábamos de vida y de amor. Nuestros ojos centelleaban vivamente y sus miradas chocaban con tal estrépito que hacían estallar los labios con una pura y dulcísima sonrisa...

Tú, amable y cariñosa, me preguntabas con interés de cuestiones sociales, que yo contento te contestaba. ¡Te amaba tanto!

Seguía la conversación sobre los males que tanto nos afligen, continuaban nuestros ojos centelleando y nuestros labios sonriendo, cuando en aquel pequeño recinto en que nos encontrábamos resonó débilmente el chasquido de un beso.

¡En mal hora naciste, ósculo de amor!

No habían mis labios concluído su atrevido trabajo, cuando te pusiste grave y te marchaste pausadamente, repitiendo como saludo de despedida unas rutinarias palabras. Te enfadaste y sin razón.

Confieso, querida amiga, que no hubiera resonado ningún chasquido si hubiera pensado en causarte daño.

¡Por un ósculo! ¿Es que no has pensado nunca, amiga, en el valor que un beso tiene? Piensa amiga en esta necesidad sentida sin desearla; estudiala, y verás como no tenías razon en enfadarte y mucho menos, cuando yo te decía con el dialecto más claro que tiene el amor: te amo.

Sí, grata amiga, era de amor aquel beso, era un ósculo puro como el que da una amantísima madre al hijo de sus entrañas.

¡Y tú te enfadaste! ¿No sabes que el amor sin besar se hace imposible? ¿no oyes resonar el beso en todas partes? Besan las madres a sus amantísimos hijos, los pajarillos a sus retoños hijuelos; las rosas a sus blancos y tiernos capullos; el río a su verde orilla; el aire a las amorosas plantas...

Todo besa, amiga.

Por eso te invito a que abandones la quimera vana que en mal hora te inculcó la sociedad por el chasquido de un beso, y excito a que continúes como antes; esto es, combatiendo con valentía y nobleza al tirano que azota y al ignorante que ríe, y soñando en la sociedad del porvenir, en que el amor libre acabará con las rutinas y supersticiones que aguanta la presente organización social.

DESI DE RIO

Reus.

EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN

Hay almas ingenuas que esperan que todo se arreglará de buen grado y que un día de revolución pacífica bastará para que los defensores del privilegio cedan sin violencia a los deseos de los desheredados. Nosotros confiamos, en efecto, en que cederán alguna vez, pero cuando este caso llegue sabemos que el sentimiento que los guíe no será seguramente espontáneo. La proximidad de un mundo futuro, y sobre todo la fuerza de los hechos realizados llevando en sí el carácter de irrealizables, les impondrán un cambio de rumbo; no cabe duda de que se modificarán, pero será cuando vean la imposibilidad absoluta de continuar por el camino seguido.

Estos tiempos están todavía muy lejanos. En la naturaleza de las cosas está el que todos los organismos funcionen en el sentido de sus movimientos normales: pueden detenerse, romperse, pero no funcionar al revés. Toda autoridad procura engrandecerse, hacerse fuerte en detrimento del mayor número posible de individuos; toda monarquía tiende forzosamente a dominarlo todo. Por un Carlos V que, refugiado en un convento, asiste desde lejos a la trágica comedia de los pueblos, ¡cuántos soberanos cuya ambición de dominio no ha sido jamás satisfecha pueden compararse, salvo la gloria y el genio, a otros tantos Alejandro, César y Atila? Lo mismo sucede con los detentadores de la riqueza: los que hartos de ganar las dan para una buena obra son extremadamente raros, y hasta los que tuvieran la bondad de moderar sus ambiciones no podrían realizar sus deseos; el medio ambiente en que se hallan continuaría trabajando para ellos; el capital no cesa de producir rentas al interés compuesto. Desde el momento en que un hombre se halla investido de una autoridad cualquiera, sacerdotal, militar, administrativa o financiera, su tendencia natural es funcionar sin tasa; todo carcelero cierra la puerta del calabozo con una especie de orgullo glorioso; no hay guarda de campo que no vigile la propiedad de los ricos con miradas de odio hacia el pobre merodeador, y no hay alguacil a quien no le inspire un soberano desprecio el pobre desahuciado o avisado para comparecer ante los tribunales.

Y si los individuos que tienen escasa representación en la gradación autoritaria se sienten enamorados de la parte de rey que representan, ¡cuánto peor no serán los cuerpos que tienen poder de más categoría! Se comprende que un individuo sometido a una influencia particular, pueda ser accesible a la razón o a la bondad, y que poseído de amor a sus semejantes, abdique de su poder y de su fortuna, feliz de encontrar la paz y de ser acogido como hermano por los que antes oprimía consciente o inconscientemente; ¿pero cómo esperar un acto parecido de toda una casta de hombres liados los unos a los otros por la cadena de los intereses, por ilusiones y convencionalismos particulares, por amistades, por complicidad, por crímenes? Cuando la fuerza de la jerarquía y el apoyo de mutuos servicios sostiene el conjunto de las clases directoras como una masa compacta, ¿en qué puede fundarse la esperanza de que un día depongan el poder para convertirse en nuestros iguales? ¿Es posible imaginarse lógicamente que semejante raza pueda tener un acceso de virtud y ceder a otras razones que no sean el miedo? Es una máquina viva, compuesta de engranajes y ruedas humanas, pero esto no obstante, funciona como animada por una fuerza ciega, y para detenerla será necesario todo el poder colectivo de una revolución social.

Admitiendo, no obstante, que los *buenos ricos* entraran en el camino de Damasco, iluminados de repente por un astro resplandeciente y se sintieran convertidos, renovados como por encanto; admitiendo, además, cosa que nos parece imposible, que adquirieran conciencia de su egoísmo pasado y se despojaran inmediatamente de sus fortunas en beneficio de cuantos fueron por ellos explotados, presentándose en la asamblea de los desheredados para decirles: «Tomad»; aun admitiendo todo esto, la justicia no se habría establecido todavía: quedarían en una situación falsa ante la historia y nos los presentarían luego de un modo mentiroso. Así han ponderado en términos exaltados y elocuentes la noche del 4 de agosto, como si el momento en que los nobles abandonaron sus títulos y privilegios, abolidos ya por el pueblo, hubiera resumido todo el ideal de la Revolución francesa. Si se rodea de un nimbo glorioso un abandono ficticio, impuesto por la presión de los acontecimientos, ¿qué no se diría de un abandono real y espontáneo de la fortuna mal adquirida de los antiguos explotadores? Sería cosa de temer el que la admiración y el engrandecimiento público les restituyera sus cedidos privilegios. No; es preciso para que la justicia se realice; para que las cosas adquieran su natural equilibrio, que los oprimidos se levanten por su esfuerzo propio; que los explotados tomen posesión de su bienestar; que los esclavos conquisten su libertad, y todo esto no lo conseguirán realmente sino ganándolo en la lucha.

Conocemos a esos piojos resucitados, a los pobres enriquecidos. El orgullo de la fortuna y el desprecio al pobre es la nota característica de todos ellos. «En montando a caballo—dice un proverbio turcomano,—el hijo no conoce a su padre». «En subiendo en un carro—añade la sentencia india,—el amigo ya no ve a sus amigos». Pero toda una clase enriquecida es bastante peor que un individuo salido de la pobreza: la burguesía no permite a ninguno de sus miembros aislado obre fuera de sus instintos de clase, de los comunes apetitos, y por eso ruedan todos por la misma vía fatal.

El huraño comerciante que discute brutalmente el céntimo, es temible en verdad; ¿pero qué diremos de toda una compañía moderna, y de toda una sociedad capitalista constituída por acciones, obligaciones, crédito, etc.? ¿Cómo moralizarla con todos sus papelotes y dinero? ¿Cómo inspirarle el sentimiento de la solidaridad hacia los hombres que pretenden cambiar el estado social actual?

Una casa de banca compuesta por puros y buenos filántropos, no dejaría de descontar sus comisiones, intereses y primas: no sería sensible a las lágrimas que con frecuencia representan algunas piezas de cobre o plata, penosamente recogidas, y las arrancaría con crueldad para meterlas en sus arcas de valores. Se nos dice a veces que debemos esperar a que el tiempo haga su obra, dulcificando las costumbres y produciendo tal vez la reconciliación final; pero los que así piensan, ¿creen verdaderamente que las cajas de hierro van a enternecerse y que cesarán en sus funciones las formidables mandíbulas del agio que roen sin cesar generaciones y más generaciones humanas?

Si el capital, sostenido por toda la liga de los privilegiados, conserva su fuerza poderosa, pronto seremos esclavos de sus máquinas, simples cartílagos adhiriendo los engranajes a los ejes de hierro o acero. Si a los ahorros reunidos en las cajas de los banqueros se añaden los nuevos despojos llevados a cabo por individuos responsables solamente ante el libro de caja, inútil es hacer llamamientos a la piedad, porque nadie oirá nuestras quejas. Contra el tigre le es posible a la víctima alguna defensa: contra los libros de banca ninguna: sus fallos no admiten apelación; los hombres y los pueblos mueren aplastados por el peso de esos archivos, cuyas páginas silenciosas nos relatan con cifras la obra inhumana que ellos representan.

Nosotros, durante nuestra vida, ya bastante larga, hemos visto sucederse las revoluciones políticas y podemos formarnos una perfecta idea del cambio incesante que sufren las instituciones basadas en el ejercicio del poder. Hubo un tiempo en que la palabra República nos producía delirios de entusiasmo; nos parecía que este término estaba compuesto de mágicas sílabas, y que el mundo se renovaría el día que se pudiera pronunciar en alta voz en las calles y plazas. ¿Y quiénes eran los que ardían en ese amor místico por el advenimiento de la era republicana y veían con nosotros, en ese cambio exterior, la inauguración de todos los progresos políticos y sociales? Pues los mismos que actualmente gozan de prebendas y de excelentes colocaciones y adulan con interesada amabilidad a los asesinos de los armenios y a los capitalistas.

Yo no puedo creer que en aquellos tiempos, ya lejanos, todos los que hasta ahora han medrado fueran refinados hipócritas. Algunos había, sin duda, que husmearían el aire para orientar su barca, pero la inmensa mayoría eran sinceros; sentían el fanatismo de la República y aclamaban de todo corazón la trilogía Libertad, Igualdad y Fraternidad, y al día siguiente al de la victoria aceptaban con sencillez las funciones retribuídas con la firme esperanza de que su entusiasmo por la causa común no decaería jamás. Algunos meses después, cuando estos mismos republicanos estaban en el poder, otros republicanos se arrastraban penosamente por las calles de Versalles, andrajosos y doloridos, entre dos filas de soldados. La multitud les insultaba, les escupía en la cara; y ¡en esta multitud de odiosas figuras, los cautivos veían a sus antiguos compañeros de lucha, de ideas y de esperanzas!

¡Cuánto camino hemos recorrido desde el día en que los revolucionarios de la víspera fueron los conservadores del día siguiente! La República, como forma de gobierno, se ha afirmado, y en la medida de su fortaleza, ha degenerado hasta el punto de servir para todas las tiranías. Como un movimiento de relojería o como la marcha de una sombra proyectada sobre una pared, todos los jóvenes fervientes que adoptaban actitudes heroicas para ponerse ante un policía, se han convertido en gentes prudentes y timoratas, pidiendo reformas con *medida*, o bien son los actuales señoritos, gentes corrompidas y viciosas hasta la repugnancia.

¡La mágica Circe, o mejor dicho, la lujuria de la fortuna y el poder, les han convertido en cerdos! Su misión actual es la de fortificar las instituciones que combatieron en otro tiempo: a esto llaman ellos «consolidar las conquistas de la libertad», acomodándose perfectamente a todo lo que antes les indignaba. Ellos, que en otro tiempo trinaban contra la Iglesia, se complacen actualmente con el Concordato, y llenos de respeto por el señor obispo de la diócesis, le colman de halagos y presentes.

Los que hablaron con facundia de la fraternidad universal se sienten ultrajados en nuestros días cuando oyen pronunciar las mismas palabras que ellos emplearon en otro tiempo; los que combatieron con entusiasmo el impuesto de sangre son los mismos que recientemente han convertido en soldados a los niños y los ancianos. Insultar al ejército y combatir la obediencia pasiva que a los hombres impone, es para ellos el mayor de los crímenes. Faltar al respeto al inmundo cobrador del impuesto sobre las prostitutas, al abyecto polizonte o a cualquier otro tipo de los que representan autoridad, es ultrajar a la justicia y a la moral.

No hay ninguna institución, por antipática que sea, que no pretendan consolidar: gracias a ellos, la Academia, tan detentada en otro tiempo, ha adquirido cierta popularidad: bajo la cúpula del Instituto se dan lustre cuando uno de ellos, por adulador y soplón, adquiere el alto honor de que en su traje de corte irreprochable crezcan las palmas verdes nutridas con la savia de la nulidad y la bajeza.

La cruz de la Legión de Honor era objeto de risa para estos medrados; hoy las han inventado de nuevos colores: amarillas, verdes, azules. Lo que llaman república es un Estado que abre sus puertas al traidor rebaño de los que aborrecen hasta su nombre: a los heraldos del derecho divino, a los sochantres de *Syllabus*. ¿Cómo queréis que entren en razón? ¿No están en su ambiente, rodeados de aduladores y serviles que les ensalzan y apoyan con la cabeza descubierta?

La carrera que han hecho es la única que fatalmente podían hacer. Admitieron siempre que la sociedad debía estar constituída en Estado, con jefe y legisladores, y se inspiraban en la «noble ambición de servir a su país, consagrándose a la defensa de su propiedad y de su gloria.» Aceptaban el principio; lo que había de suceder alguien lo tenía previsto: hoy lo sabemos todos; el fúnebre sudario de miles de cadáveres sirve de envoltura a nuestros nietos. Republicanos y República han venido a ser la triste cosa que nosotros nos imaginábamos. ¿Por qué irritarnos, pues? Es ley natural el que el árbol produzca su fruto y que todo gobierno florezca y fructifique en caprichos, tiranías, usura, facinerosidades, asesinatos y desgracias.

Es una ilusión quimérica creer que la Anarquía, ideal humano, pueda derivarse de la República, forma gubernamental.

Las dos evoluciones se hacen en sentido inverso, y el cambio no puede realizarse si no es por una ruptura brusca, es decir, por la revolución. Con decretos hacen o quieren hacer los republicanos la felicidad del pueblo, y por la policía y la fuerza tienen la pretensión de sostenerse. Como el poder radica en la fuerza y sólo con el empleo de ésta podrán mantenerse, su primer cuidado será siempre ampararse de ella y consolidar todas las instituciones que le faciliten el gobierno de la sociedad. Tendrán la audacia de fortalecer y renovar su poder por la ciencia con objeto de darle una energía nueva, y por eso tal vez se empleen en el ejército los modernos explosivos y las terribles armas nuevas, dinamita, pólvora sin humo, cañones rayados, afustes a resorte y otras máquinas de guerra cuyo uso facilita la matanza de los hombres.

Con el mismo objeto han inventado en Francia la antropometría, convirtiéndola en ciencia exclusiva de la policía y método excelente para hacer de la nación un inmenso presidio. Empezaron por medir sólo a los criminales o supuestos tales, luego se sometió a esta medida a los sospechosos y dentro de poco tiempo todos, menos las clases directoras, tendremos que sufrir las afrentas de infamantes fotografías. «La policía y la ciencia se han abrazado», hubiera dicho el Salmista.

Así, pues, nada bueno puede venir de la República ni de los republicanos detentadores del poder. En historia es una quimera o un contrasentido esperarlo. La clase que posee y que gobierna ha sido y será siempre fatalmente enemiga del progreso. El vehículo del pensamiento moderno, de la evolución intelectual y moral, es la parte de la sociedad que vive oprimida, que trabaja y sufre; es ésta la que elabora la idea, la que realiza, la que, empujando, pone en marcha constante el carro social, que los conservadores intentan en vano volcar en el camino, precipitándolo en el abismo y sumergiéndolo en el pantano.

«Pero los socialistas—nos preguntarán algunos,—esos evolucionistas y revolucionarios, ¿están igualmente expuestos a traicionar su causa y realizarán a su tiempo el movimiento de regresión normal cuando los que de entre ellos ambicionan la *conquista del poder* lo hayan, en efecto, conquistado?»

Ciertamente, los socialistas llegados al poder procederán del mismo modo que sus predecesores los republicanos: las leyes de la historia no se alterarán en su favor. Una vez en posesión del poder, no dejarán de servirse de él para barrer todos los obstáculos que se impusieran a su desarrollo autoritario, encubriendo sus actos con el eterno sofisma de combatir a los elementos hostiles.

El mundo está lleno de cándidos ambiciosos que viven con la quimérica esperanza de transformar la sociedad por una actitud maravillosa y desconocida en el modo de mandar; luego los mismos, cuando se ven ascendidos al rango de jefes o formando parte del gran mecanismo de altos funcionarios públicos se dan cuenta de que su voluntad aislada no tiene ninguna ascendencia sobre el poder real y el movimiento íntimo de la opinión y que sus esfuerzos están expuestos a perderse totalmente en medio de la indiferencia y mala voluntad de cuanto les rodea. ¿Qué resolución pueden tomar, llegados a este terreno, si no es la de seguir la rutina gubernamental, enriquecer a su familia y colocar a sus amigos?

Los que ambicionan la conquista del poder deben, en efecto, emplear los medios que crean más eficaces para llegar a él. En las repúblicas con sufragio universal hay que trabajar al número, a la multitud. Los socialistas autoritarios admitirán con gusto al tabernero como cliente y se harán populares hasta sometiéndose a exámenes en cualquier bodegón; recibirán con la sonrisa en los labios a los electores, procedan de esta o la otra clase social. En los países donde impere el régimen monárquico, muchos socialistas se declararán indiferentes ante la forma de gobierno, y hasta se dirigirán a los ministros del rey pidiéndoles apoyo para realizar sus planes de transformación social, como si lógicamente fuera posible la dominación de uno solo y el apoyo fraternal entre los hombres. Pero la impaciencia de obrar les impide ver los obstáculos y con la fe se imaginan poder transportar los montes. Lassalle anhela tener a Bismarck como asociado para la instauración de un mundo nuevo; otros se vuelven hacia el Papa rogándole que se ponga a la cabeza de la «liga de los humildes», y cuando el emperador de Alemania ha reunido algunos filántropos y sociólogos en su mesa, no ha faltado quien ha dicho que el gran día empezaba por fin a amanecer.

Entre los clericales habla del socialismo cristiano; entre la burguesía liberal se presenta como reformador moderado, y dirigiéndose a los patriotas hace alarde de valiente defensor de la dignidad cívica.

En ciertos casos hasta se guarda bien de ponerse en frente del *casero* o del *patrono* y llega a ofrecerle sus reivindicaciones como garantía de paz. El *1.° de Mayo*, que debía ser principio de verdadera lucha contra Su Majestad el Capital, se ha convertido en un día de fiesta como otro cualquiera.

Con estas solapadas bajezas del candidato, el elector el primero, olvida poco a poco el lenguaje de la verdad que antes empleaba y pierde la actitud intransigente de combate. Por la influencia de tanta mentira se cambia el espíritu y la idea, sobre todo en aquellos que han llegado al final ansiado cuando se sientan en los bancos de terciopelo del Parlamento, frente a la tribuna con franjas doradas. Llegados a este caso es cuando han de redoblar las sonrisas, los apretones de manos y los servicios.

ELÍSEO RECLUS

La paz reina en Varsovia

Sí, la paz reina en Europa; es decir, el espectro de una guerra europea ha desaparecido. El conflicto de los Balkanes, que por un momento puso en tensión los instintos guerreros de los pueblos de Europa, está a punto de pasar a ser un triste y fatídico recuerdo; recuerdo que lleva en sí todos los horrores propios de una guerra, y que cual estela luminosa ha dejado tras sí muchas amarguras y tristezas.

Sólo que la nota final es discordante, puesto que los que antes pedían a gritos y a todas horas guerra y destrucción, son ahora los primeros en lamentar lo ocurrido. ¡Ah, farsantes!

¿Por qué lloráis, si vuestro ideal ya se ha realizado?

¿Qué os importan los campos yermos y los padres y ancianos sumidos en el dolor y la miseria? ¿qué os importan las lágrimas de las jóvenes a quienes habéis hecho desgraciadas separándolas para siempre del hombre que las hubiera hecho dichosas? ¿qué os importan, repito, si en París habéis reunido una comisión de financieros para prestar dinero a los Estados Balkánicos, incluso Turquía, y así poder realizar grandes beneficios y continuar vuestra vida de parásitos, comerciando con el dolor ageno?

Y si no, escuchad a uno de los representantes de los Estados beligerantes, quien ha dicho en una de las reuniones celebradas para firmar la paz: «Señores (dirigiéndose a los otros representantes): una vez terminado el conflicto que todos hemos de lamentar, debemos contribuir, olvidando lo pasado y por encima de los cadáveres caídos en el campo de batalla, a consolidar nuestras aspiraciones.» Palabras que yo traduzco de la manera siguiente: «Después que hemos hecho morir lo más fuerte y joven de nuestros pueblos, vayamos de común acuerdo para la consolidación de nuestros privilegios y, borrando las fronteras, explotemos sin compasión a los que no les llegó el turno de ir al matadero.»

Ya lo veis, trabajadores: el explotador, sea turco, griego o búlgaro, no tiene más sentimientos que sus ganancias; y el trabajador, sea turco, griego o búlgaro, no debe tener más patria que el mundo, y así podrá parodiar, pero con lógica, a aquél que dijo:

«¡La paz reina en Varsovia!»

A. PESTAÑA

Argel.

Bibliografía

El Trabajo. —Completamente transformado viene publicándose en Camagüey (Isla de Cuba), un periódico denominado *El Trabajo*.

Esta publicación, que antes mantenía un criterio socialista de Estado, ha entrado en franca vía anarquista, impulsado por algunos buenos amigos.

Para toda relación con este periódico, que ostenta el precio voluntario, empléese esta dirección:

Joaquín Zuferri, calle Avellaneda, 73, Camagüey (Cuba).

* * *

Las Clases Sociales desde el punto de vista de la evolución zoológica, por Carlos Malato, traducción de Anselmo Lorenzo.—Publicaciones de la Escuela Moderna, Cortes, 478, Barcelona.—Precio, 1 peseta.

El autor, partiendo de que las ciencias naturales demuestran el parentesco con los demás animales, procedentes de un mismo árbol zoológico, deduce que esta ley de evolución ha de continuar verificándose en el porvenir, a menos que surjan nuevos factores y sea rebasada o dominada por otra ley.

En su concepto, las revoluciones sociales son uno de esos factores. Destruyendo las barreras de castas y de razas, soplan como un ciclón terrible, pero saludable; mezclan y refunden los individuos como moléculas químicas en el fondo de un crisol. Sin ellos, los grupos humanos acabarían por formar, no ya castas y clases extrañas u hostiles unas a otras, sino verdaderas especies zoológicas, tan diferentes entre sí como puedan serlo las del mono y del oso.

Sentado este criterio, estudia las clases sociales del pasado y las de la actualidad con método verdaderamente científico, y su conclusión confirma racionalmente el ideal emancipador del proletariado.

A nuestro juicio, esta obra es indispensable para el estudio de esa cuestión social que tanto preocupa a todo el mundo, y por lo mismo la recomendamos a nuestros compañeros y lectores, seguros de que nos agradecerán la recomendación.

* * *

Da porta da Europa.—Un tomo de 288 páginas, por Neno Vasco. Precio, 500 reis (2'50 pesetas), rua das Gaveias, 55, 1.°, Lisboa (Portugal).

Correctamente escrito en portugués y fácilmente comprensible por su forma, el camarada Neno Vasco ha publicado, en forma de correspondencias, este libro, donde se hace una historia detallada de los actos gubernamentales llevados a efecto en Portugal desde la implantación de la república en el vecino país hasta la fecha, para luego hacer un juicio crítico y sacar muy provechosas enseñanzas.

En él se examinan, con muy buen criterio, la cuestión religiosa, la cuestión política y por último la cuestión económica, para demostrar hasta la saciedad que el proletariado no dejará de ser esclavo hasta el día en que por medio de la Revolución Social destruya todas las instituciones burguesas.

Trata también de la obra desviadora llevada a cabo por los socialistas parlamentarios de Europa, los cuales no persiguen otro fin que castrar las energías del proletariado para que éste siga siendo el eterno rebaño sumiso y obediente a las órdenes de la burguesía.

En hermosos y vibrantes párrafos arremete contra la guerra y el militarismo, y recomienda a los obreros, tanto para acabar con estos males como con todos los que al pueblo trabajador aquejan, se asocien en sindicatos de clase, tomando como arma de combate la acción directa.

Es un bello libro que no debe faltar en las bibliotecas de las sociedades obreras y que no dudamos en recomendar su adquisición a los compañeros portugueses y a cuantos conozcan el idioma de Camoens.

UNA INICIATIVA

Pro-Marcelino Suárez

En vista de la persecución infame de que está siendo víctima nuestro buen amigo y compañero Marcelino Suárez en la cárcel de Oviedo, por su noble y humanitaria campaña en pro de los encarcelados, el grupo que suscribe propone la siguiente iniciativa:

Imprimir un folleto, que editará esta agrupación, con todos los trabajos que dicho camarada haya publicado y que fueron denunciados, cuyo folleto se hará llegar a manos de los jueces, fiscales, presidentes de Audiencia, jefes de penales y empleados de cárceles.

Dicho folleto llevará las firmas de los obreros de todas las poblaciones que deseen solidarizarse con tan noble causa, para lo cual se encargará un compañero, en cada localidad, de recoger las firmas y enviarlas a este grupo editor, acompañadas del domicilio de los firmantes.

En caso de ser aceptada esta iniciativa, rogamos a *Acción Libertaria* nos envíe los artículos que fueron denunciados, así como al amigo Marcelino Suárez las cartas y escritos que obren en su poder y que se refieran a este asunto.

Como el folleto ha de ser extenso, rogamos se abra una suscripción, con objeto de ayudar a los gastos de su impresión, y en ese caso se abonaría en folletos el importe recaudado.

¿Se acepta nuestra idea?

Pues manos a la obra, si queremos salvar a nuestro valiente amigo.

Biblioteca La Internacional.

La Coruña.

Tenemos para la venta los siguientes folletos, que pueden adquirirse en esta administración y cuyo precio se detalla a continuación:

La Anarquía triunfante, por Anselmo Lorenzo.	0'10
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, doctor Queraltó.	0'25
¡Solidaridad! Anselmo Lorenzo.	0'10
El derecho a la evolución, Anselmo Lorenzo.	0'10
La política y los obreros, por Tomás Herreros.	0'10
El derecho a la salud, por Anselmo Lorenzo.	0'10
El Abogado del Obrero, por I. Sánchez Rosa (encuadernado).	1'50
El anarquismo triunfador, por Zoais.	0'10

A los corresponsales y paqueteros se hace el 30 por 100 de descuento, excepto en el del doctor Queraltó, que es el de 50.

Al extranjero se cargará el franqueo.

Los envíos de cantidades se harán a nombre del administrador de TIERRA Y LIBERTAD, en letras, libranzas de giro mutuo, giro postal o sellos de correo, en este último caso certificando la carta.

NOTA.—No serviremos ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe.

REPLICA

Para ADELANTE, de Valladolid

Con motivo de haberse constituído una Sección Autónoma de Tipógrafos amoldada a las nuevas bases del Sindicalismo, *¡Adelante!*, periódico socialista de esta capital, ha *pretendido* comentar un manifiesto que los tipógrafos vallisoletanos dirigimos, justificando nuestra disidencia de la Federación Tipográfica, saliéndose por la tangente; quedando, por tanto, en pie nuestras afirmaciones.

El Partido Socialista se halla lo mismo que hace cincuenta años, se ha estancado en métodos rancios y trasnochados; sus afirmaciones fatalistas y apocalípticas, todavía son artículos de fe; su primitivo programa es el que hoy le rige; sus hombres, impertérritos en la tradición, no han podido o no han querido deshacerse de aquel autoritarismo que heredaron de los partidos burgueses.

Todas las luchas obreras que se declaran, han de ir con su aprobación y consentimiento, o de lo contrario, no son lícitas, sino disolventes y perjudiciales. Por eso vemos a los nuevos predicadores de la cordura y resignación aconsejar a los obreros *no se declaren en huelga, aun no es tiempo*, y siempre con la misma cantinela. ¡Se acabaría el dinero de las cajas!

El partido socialista no da libertad al individuo, sino al contrario, la restringe; la iniciativa individual ha de supeditarse necesariamente a la ciencia de los *grandes cerebros*, a los universitarios; el conocimiento adquirido con las experiencias de la práctica diaria ¡qué importa! Por eso nosotros no podemos pertenecer a sociedades engendro del partido socialista, donde la lucha no existe por la insana influencia de personas a quienes no interesa la emancipación obrera; donde se respira un conservadurismo que asfixia; donde la acción económica está supeditada a la política, y, en una palabra, porque no podemos tolerar imposiciones de nadie, absolutamente de nadie.

El anarquismo, amigos de *¡Adelante!*, ha sabido evolucionar, rompiendo con todo lo que tenía de apriorístico y apocalíptico; por eso no es una idea fósil y agonizante; ha sabido ponerse en contacto con las ansias idealistas y reivindicadoras de los oprimidos; de todos aquellos que no comulgando con el rezo político-parlamentario, han buscado nuevos rumbos más en armonía con las modernas direcciones de las luchas sociales.

De que no somos sindicalistas sino anarquistas, los eternos anarquistas, sabemos ha sido esta el arma por excelencia de los socialistas europeos para combatir los deseos de renovación del proletariado.

Y terminamos diciendo a *¡Adelante!* que no hemos superado al hombre, pero tampoco contribuiremos con nuestro esfuerzo a que otros se *superen*.

SEGUNDO CALVO

Valladolid.

Maremagnum

Terminada en este número la publicación en folletín de la comedia «La Epidemia», en el próximo número comenzaremos el drama en cinco actos, de Ibsen, «Un enemigo del pueblo», al objeto de que los muchos compañeros que coleccionan las obras que publicamos, puedan encuaderuarla.

* * *

El compañero Antonio Locati, desea saber el paradero de Guido Leti, que hace poco tiempo residía en Barcelona.

Dirección: República Argentina, Rosario de Santa Fe, calle San Luis, 1286.

* * *

Nuestro querido colega *¡Germinal!*, de San Paulo (Brasil), ha publicado un enérgico manifiesto relatando las infamias que en aquel país se cometen contra los trabajadores que pretenden hacer respetar su dignidad de hombres.

Va encabezado con el título «Manifiesto a los pueblos de todos los países.—En pro de los principios de humanidad» y hemos recibido una buena cantidad que ha quedado distribuída en los centros obreros.

* * *

En Sanlúcar la Mayor se ha constituido la Sociedad de Agricultores titulada Centro Instructivo Obrero «Seremos libres».

Gran trabajo les ha costado constituirse, porque a la autoridad del pueblo se le metió en la mollera que aquellos compañeros no tenían derecho a reunirse, pero la nunca desmentida solidaridad de la Sociedad «Ya despertamos», de Dos Hermanas, prestándoles todo su apoyo, ha hecho que los deseos de los obreros fueran una realidad.

* * *

En Nueva York se ha constituido un grupo de compañeros, denominado «Lucifer», al objeto de hacer propaganda anarquista por medio de periódicos y folletos.

Muy necesaria es la propaganda en la ciudad de los millonarios en la que los obreros se limi-

— 34 —

tiva, por la cual me complazco en darle aquí las gracias, José economizó... ¡José ahorró! Nada le detuvo... ni los robos domésticos, ni las catástrofes financieras, ni las conversiones de la renta... Y ¡oh sublime ejemplo! ¡Cuanto más ahorraba arruinábase más y cuanto más se arruinaba más extremaba su ahorro!... ¡Admirémosle, señores!...

CONCEJAL 3.°

(Sollozando.) ¡Qué desgracia!... ¡Qué desgracia!...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN

(Con más entusiasmo.) Admirémosle, porque tenía en todo ideas sanas y justas... No dió nunca nada... se lo tomaron todo, ¡todo!... Las acciones turcas... las de Honduras... las de Panamá... las de las Minas de oro... ¡qué sé yo!... Hicieron sucesivamente el vacío en su caja y dispersaron los valores de su cartera a los cuatro vientos de las bancarrotas financieras... Pero, confiado y tenaz, sin quejarse, ¡empezaba de nuevo sobre sus propias ruinas el pacienzudo y glorioso edificio del Ahorro!... ¡Fué un héroe, señores!... ¡Fué el héroe! ¡Gambeta dijo que los tiempos heroicos habían pasado! Pues bien: ¡Gambeta no sabía lo que era un rentista!

ANCIANO CONCEJAL

¡Sí, un héroe! ¡Un héroe modesto, silencioso y solitario!... ¡Qué bien supo apartar de su casa los amigos, los pobres y los perros!... ¡Qué bien supo preservar su corazón de las bajas corrupciones del amor... su espíritu, de las pestilencias del arte!... Detestó —o, mejor dicho— ignoró las poesías y las literaturas... pues, siendo un hombre todo precisión y regularidad, le causaban horror las exageraciones. Y si los espectáculos de la miseria humana sólo le inspiraron siempre repugnancia, en cambio los espectáculos de la naturaleza no le inspiraron nunca nada... Todas las mañanas, leyendo el *Petit Jour-*

— 39 —

TRICEPS

Se necesitarían estufas potentes... aparatos esterilizadores en continuo movimiento... Grandes depósitos de ácido fénico... ¡laboratorios de química antiséptica!... Y comisiones de sanidad... ¡sindicatos de profilaxia!

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN

Congresos medicales... ¡Institutos mierobiológicos!... ¡Lazaretos alrededor de la ciudad...

TODOS

¡Sí, sí! ¡Esto es!

CONCEJAL 3.°

¡Venguemos a José!...

TRICEPS

Votemos... ¡Guerra a los microbios!... ¡Guerra a la muerte!... ¡Viva la ciencia!... ¡Votemos!...

ALCALDE

Sí, señores, vamos a votar... Vamos a votar cosas inauditas... medidas excepcionales... hasta revolucionarias... sumas formidables... Pero antes propongo al municipio de afrentar con un severo voto de censura a Isidoro Barboux, cuyos actos criminales y cuyas carnes corrompidas han contribuído quizás al desarrollo de esta epidemia... a la virulencia de este contagio...

TRICEPS

¡Barboux es un miserable... un envenenador... un asesino!.

MIEMBRO DE LA MAYORÍA

¡Un socialista!

TODOS

¡Abajo Barboux! ¡Muera Barboux!

— 38 —

TODOS

¡Sí, sí! ¡Avenidas, avenidas!

TRICEPS

Airear los patios... Inmunizar el alcantarillado...

MIEMBRO DE LA MAYORÍA

Instalar jardinillos en las plazas...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN

Introducir esencias febrífugas...

TRICEPS

Desaglomerar los colegios, los conventos... las casas de prostitución... los cuarteles...

TODOS

¡Esto es!... ¡Esto es!...

TRICEPS

Será preciso hacer brotar por todas partes manantiales de agua pura... manantiales anchos y profundos como el mar...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN

Brotarán...

TRICEPS

Si no brotan, iremos a extraerlos del corazón virgen de las montañas.

TODOS

¡Sí, sí!

TRICEPS

¡De la Suiza!...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN

¡De los Montes Cárpatos!

— 35 —

nal, dejábale el cuidado de sentir y de pensar por él...

CONCEJAL 3.°

(Sollozando.) ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!...

ANCIANO CONCEJAL

En consecuencia, señores, tengo el honor de presentar al municipio las dos proposiciones siguientes. Las honras fúnebres de José serán celebradas solemnemente y con gran pompa, a cargo de la ciudad... Segunda... Se le levantará una estatua en una de nuestras plazas principales...

TODOS

(Saliendo poco a poco de su entorpecimiento). ¡Sí!... ¡Sí!...

ANCIANO CONCEJAL

Propongo, además, que a una de las calles de nuestra hermosa ciudad se le dé su nombre... cuando lo conozcamos...

CONCEJAL 4.°

(Postrado y como en sueños). ¡Y qué importa el nombre... mientras haya la placa!... (Entusiasmo general. Se vota por aclamación).

TRICEPS

Ahora, señores, no debemos dejarnos abatir por esta muerte imprevista e irregular... ¡y hasta anticientífica!... ¿comprenden ustedes?... ¡Debemos luchar!

TODOS

¡Sí, sí!

TRICEPS

¡Sursum corda!